



BIOBÍO

EN 100 PALABRAS



LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO



**BIOBÍO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Julio de 2021

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio

Edición | Vicente Braithwaite

Traducción del mapudungún al castellano | Víctor Carilaf Millaqueo

Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez

Ilustraciones | Ibi Díaz y Silvana Youlton

Portada | Sirena, ser mitológico recurrente en el imaginario de lugares cercanos al mar, ilustrado por Natalia Gurovich

Inscripción n° 2021-A-4602 en el Departamento de Derechos Intelectuales

ISBN: 978-956-9304-43-9

Tiraje: 20.000 ejemplares

www.biobioen100palabras.cl

Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

BIOBÍO
EN 100 PALABRAS

LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO

Con este libro queremos celebrar la creatividad de los habitantes de la Región del Biobío, que, a pesar de todas las dificultades que hemos vivido el último año, se atrevieron a escribir y a retratar en palabras cómo han experimentado el miedo a la enfermedad, el no poder caminar por las calles, el encierro, la vida a través de las pantallas.

Como EMPRESAS CMPC estamos muy contentos de ser parte de un proyecto cultural emblemático para la región y que con esta edición cumple diez años, a lo largo de los cuales se han recibido cerca de cien mil cuentos de la más amplia variedad. Esta diversidad es, precisamente, una de las grandes riquezas de BIOBÍO EN 100 PALABRAS.

Este año por primera vez se podrán leer relatos escritos en mapudungún, lengua a la que desde el año pasado se ha ampliado la convocatoria. Este hecho nos pone tremendamente contentos porque enriquece todavía más las miradas que construyen y dan vida a este proyecto.

Esperamos que disfruten el viaje a través de estas páginas y que puedan obtener inspiración para escribir sus propias historias en esta nueva edición de BIOBÍO EN 100 PALABRAS.

EMPRESAS CMPC

Este libro, una edición de bolsillo que reúne cien relatos escritos por autoras y autores de todas las edades y desde las más diversas comunas de la Región del Biobío, es también el resultado de una década de historia de un proyecto cultural que invita a todos, sin distinciones, a desarrollar la creatividad. Como Fundación Plagio estamos muy orgullosos del crecimiento y la recepción que ha tenido BIOBÍO EN 100 PALABRAS durante estos diez años de vida.

Mucho ha cambiado desde aquella primera versión en 2011, con localidades afectadas por el terremoto del 2010, que golpeó de una forma brutal a todos los habitantes del Biobío. De esa crisis nacieron miles de historias, relatos únicos que surgieron de las vivencias de cada una de las personas que se atrevieron a plasmar, con resiliencia y talento, el testimonio de aquellos días tan difíciles e inolvidables.

En la versión 2020 del concurso volvimos a enfrentarnos a una crisis, esta vez producto de la pandemia global. Nuevamente, BIOBÍO EN 100 PALABRAS fue un espacio de contención, que permitió, a través de la creatividad, canalizar y procesar los acontecimientos que hemos atravesado. Este libro contiene cuentos que se preguntan qué pensarán las palomas de las plazas al no haber humanos con los que compartir el espacio, que representan la añoranza por la vida de barrio y la preocupación y el amor por las abuelas y abuelos de los narradores.

En esta nueva e histórica versión, el desafío es despertar la imaginación, encontrar un mundo fantástico en nuestra vida cotidiana y crear nuevas realidades para este maravilloso territorio.

FUNDACIÓN PLAGIO

CMPC Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

BIOBÍO EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 8 de octubre de 2021!
en www.biobioen100palabras.cl



**biobío en
100 palabras**

Cuestión de clase

En la pobla éramos tan pobres que no colgábamos zapatillas en los cables del tendido eléctrico; colgábamos calcetines. De esos, un par siempre me traía recuerdos. Eran los del Loco Luis. Los colgamos el día en que se fue buscando un lugar «más acorde a su perfil». Y no hemos vuelto a saber de él. Pienso que la mami Challo los conserva en lo alto para recordar que alguna vez tuvo un hijo en La Leonera, al que se le subieron los humos hasta Andalué.

SANTIAGO LUENGO FERNÁNDEZ, 30 años, Concepción.

Las palomas

Estos últimos días han sido raros, no hay humanos, no hay ruido, no tenemos migajas. Hay un silencio que nunca antes había presenciado. Los pocos humanos que veo tienen una tela en la boca, será que están enfermos o será una nueva moda; he escuchado que se llama mascarilla. Espero que todo vuelva a la normalidad, porque si no hay personas no hay comida y, sin comida, tengo que tratar de buscar mi alimento, porque estaba acostumbrado a que los niños me dieran cuando iban a jugar a la plaza. Extraño a esos niños, sus risas y sus miradas inocentes.

FERNANDO RODRÍGUEZ TAPIA, 12 años, San Pedro de la Paz.

La Flaca

Todas las tardes, después del colegio, la Flaca se cambiaba de ropa y se iba al centro. Guitarra al hombro, caminaba desde Pedro del Río y ponía su paño al lado de la otrora «parada de los tontos»; allí se olvidaba de todo. La Violeta y la Negra la acompañaban siempre para conseguir algunos pesos para llevar comida a la casa. Algunos días le iba bien, otros casi no conseguía nada. La Flaca tenía voz de ángel, me gustaba escucharla. Un día no apareció más. En las noticias, un cuerpo, una flaca asesinada, una voz más apagada.

BELÉN GUZMÁN DÍAZ, 40 años, Coronel.

La joven y la escama mágica

Una joven de pelos color arrebol se encontraba dibujando el paisaje que dejaba el río Biobío. Luego de unos minutos, la joven notó un movimiento extraño entre las pequeñas olas. Se acercó para poder ver y se dio cuenta de que había un pequeño pez enredado en unas tiras de plástico. Ella amablemente lo ayudó con aquel problema. El pez se convirtió en una chica joven. Sin duda alguna era una machi que practicaba algún hechizo. La joven machi sacó una escama brillante de un bolso.

ROCÍO MURGA MUÑOZ, 11 años, Concepción.

Fiu-Fiu Leüfü, epu warrangka kechu mari meli

Dew rupay ta warangkake tripantu iñche ta ñi yefiel ta ko mawidantu mu fütra lafken mu, tüfa ta rume falichingey fentren che ñi küme mongeal. Welu kiñe antü, kiñe che malaltukuenew ka ñamümfñ ta alün ko ta ñi pepi amuleal ñi rüpü mu; pepi yelafuiñ kom ti ko. Pu che nielafuy ta ko ñi duamfiel. Weñangkülewün, feymu adümlafuñ chem dungu rupay. Kechu mari tripantu rupay, rume tronglikunüwün iñche, weñangkülefuyengün ta pu che. Wula, adümfñ kiñeke che malaltukuenew fey ñi kümelkawam. Küpa üñüfitulafñ, weñu küpa femafñ ta ti nordungu. Fachantü mangitripayan, feymu küpa yefñ ta mongen itro kom pu che mew.

EDGARDO CABEZAS ROJAS, 29 años, Tomé.

Río Biobío, 2054

Por miles de años, he llevado agua desde la montaña hasta el mar; esto es vital para asegurar la subsistencia de muchas personas. Pero un día, alguien me acorraló y tuve que dejar mucha agua para poder seguir mi camino; me era imposible llevarla toda. Las personas dejaron de recibir el agua que necesitaban. Me entristecí, porque no entendía qué pasaba. Pasaron cincuenta años, adelgacé hasta casi desaparecer; las personas sufrían. Tiempo después, supe que unas pocas personas me habían encerrado para beneficiarse. No quiero perjudicarlos, pero quiero hacer justicia. Hoy me desbordaré, porque quiero llevarle vida a las personas.

Octubre de trabajo

Abrí la cafetería a las 8 en punto, como de costumbre. El aire estaba fresco. A eso de las 18, ellas entraron corriendo. El aire se volvió picante. Sus miradas desesperadas rogaban ser ocultadas. Las hice pasar a la cocina mientras les facilitaba las cosas que pedían: papel de cocina, agua, ¡bicarbonato, por favor! Segundos más tarde entraron ellos, como perros buscando un hueso. «¿Viste a dos mujeres encapuchadas?», preguntó uno. «Corrieron hacia allá», dije, indicando la otra calle. Ha pasado un mes con las chicas de la cocina, siempre me visitan, puntuales. Ya creo que somos amigas.

ALISON GAJARDO ROA, 22 años, Nacimiento.

Laconismo de la vida

Me senté frente a la Laguna de los Patos. El menú para mis amigos era especial. A fin de cuentas, la despedida permite ciertas licencias. Contemplé el Foro sin la intención de invocar la nostalgia. El campus que tantos momentos me obsequió destilaba una suerte de desolación, nada más lejano de mis mejores tardes universitarias. Con mis dedos artríticos acaricié los surcos de mi rostro, profundizados por los estragos del recuerdo. Los colores del ocaso se cernían sobre mí y la brisa no era buena anfitriona. Entonces decidí echarme a andar. Los patos ya estaban alimentados y mi vida también.

GILMAR OSORIO HORMAZÁBAL, 26 años, Tomé.

Amor en la vejez

Recuerdo desde pequeña escuchar a mis abuelos discutir por cosas sin sentido, como por qué a mi tata no le gustaba cambiar el canal de la televisión o por qué mi Pita le gritaba siendo que él estaba sordo y aunque le gritaran difícilmente escucharía. El día en que a mi Pita le dijeron que estaba enferma, él salió al patio y lloró. Cuando tuvo que pasar la noche en el hospital, él pasó la noche en vela. Le preguntamos si se encontraba bien, y nos dijo: «¿Con quién voy a pelear si no está ella?».

FLORENCIA TAPIA CHÁVEZ, 13 años, San Pedro de la Paz.

Agosto, 1973

Mi primer hijo nació en enero de 1973. Cuando cumplió ocho meses lo llevamos con mi amado Luis por primera vez a Concepción. Compramos su pinta para su bautizo en la tienda Donde Golpea el Monito, esquina Cau-policán con Maipú. No encontramos zapatitos blancos. Caminamos por Aníbal Pinto al shopping del pueblo, Pobre Diablo. Allí estaban los benditos chapines blancos. Faltaba leche para el cabro, volvimos entonces a Maipú. Nos esperaba la humilde Farmacia Ochoa. Comimos picarones en el mercado, mi enamorado me compró un ramito de girasoles. No hubo bautizo, la ciudad sucumbió y mi Luchito nunca más volvió.

NORMA OÑATE VILLEGAS, 66 años, Hualqui.

La tribu de los peludos

Nosotros ser tribu de los peludos. Yo ser líder. Cuando nosotros cazar animales, animales cazar nosotros. Mi casa ser cueva. Sin querer, yo meterme en cueva de oso. No saber cómo sobreviví a eso. La tribu de los peludos ser más de 5.000 años de existir, y ahora no ser tan peludos, pero seguir siendo peludos. Tradición ser que primer caza de vida ser adorno en cueva. A veces nosotros dibujar por si alguien viene. Saber nosotros dibujar bien y contratar.

JORGE PÉREZ CUBILLOS, 9 años, Chiguayante.

Barquito de papel

Nunca logré entender cómo mi viejo hacía el famoso barco de papel. Cuando pequeños nos llevaba a la fuente en la plaza. Soplando unas bombillas, los hermanos lográbamos recrear carreras de veleros jamás antes vistas. Pero siempre a uno se le hundía el barco. Entonces mi papá aparecía con sus dobleces magistrales y creaba otro barquito listo para la competencia. Hoy ya estamos más grandes, y aún no entiendo cómo hacer un barquito de papel. Mi viejo no recuerda cómo hacer uno y poco a poco olvida a quiénes les hacía los barquitos en la pileta olvidada de Monte Águila.

MATÍAS MÉNDEZ ROBLES, 18 años, Cabrero.

La gata

Busqué una gata por todas partes en Curanilahue. Tenía sobre aviso a toda mi familia, amigos, conocidos. Hasta lo publiqué en la feria de las pulgas y nada, sólo me ofrecían gallinas, vacas y un dinosaurio, todo menos una gata. Hasta robé una, pero después la devolví (perdón, vecino, fui yo). En fin, es bueno, pensé, la gente adopta animalitos en tiempos de pandemia. Así que aquí estoy, criando una vaca, y se llama Gata. A veces creo que no le caigo bien, pero ya somos familia.

KATHERINE ESCOBAR ROA, 28 años, Curanilahue.

Los nombres de los pajaritos

Frente a la población René Schneider, acá en Hualpén, había un humedal lleno de coipos, aves y totoras. Mi papá y sus hermanos acostumbraban a mirar las aves que ahí anidaban y también a bañarse en la laguna que se formaba. Hoy, de ese humedal sólo nos quedan los recuerdos, porque ni agua, ni coipos, ni totora hay. Hoy nos quedan sólo los nombres de los pajaritos que ahí una vez habitaron, pero que ahora nombran y decoran las calles de la población Parque Central.

ANDREA LAURIE ROJAS, 31 años, Chiguayante.

Kaykay engü Trengtreng

Kuybi mu, pu büchakeche eypikebuyngün: Chakuyvi mu piam, Kaykay vilu weychay Trengtreng vilu engü. Beychi antü taku-taku-tukungey bill dungü mapu mu kiñe bücha mangiñko mu. kiñeke che müten mongetripayngün beychi abmatubalchi weychan mu. Pukem mu akürumey kiñe bücha mewülen Concepción ple, «tromba marina» ka pingey wingkadungün mu, ko mu dewmangey tati, bente ñi ilkülän apümkabi bill chi ruka ñi chabtumekeetu ñi rüpü mu. Los Angeles ple ka kiñe bücha mewülen witrapäray kabey, wenu-puwkebuy tati. Trüntrünkülebuy ta che bente ñi llükan. Kiñeke wingka beypikeyngün: «tachi Historia se repite». Beymu, petu wirintukupen tübachi nütram: ¿nepeleplay chi kaykay txengtxeng engü? ramtukalewen iñche.

DAVID POBLETE MANQUILEF, 41 años, San Pedro de la Paz.

Kay-Kay y Treng-Treng

Antiguamente los ancianos contaban: antiguamente lucharon la serpiente Kay-Kay con la serpiente Treng-Treng. Ese día la tierra fue cubierta por una gran inundación. Pocas personas pudieron salvarse de esa asombrosa lucha. En el invierno, repentinamente llegó a Concepción una tromba marina, la cual suele dar en el agua, pero era tanto su enojo que destruyó las casas a orillas del camino. Por Los Ángeles también se levantó una tromba, que llegó bien arriba. La gente temblaba de temor. Algunos wingka dicen: «Esta historia se repite». Por esta razón escribo este relato: ¿Será que despertaron Kay-Kay y Treng-Treng?, me pregunto.

Bellavista Oveja Tomé

Mi abuelo trabajó ahí, luego lo reemplazó mi padre. Orgullosos obreros trabajadores de una de las fábricas textiles más grandes de Latinoamérica. Entré pocas veces al lugar, el cual no dejaba de parecerme un castillo gigante con infinitos pasillos interconectados que hacían fácil perderse. Mi abuela trabajó ahí, mi mamá también. No recuerdo mucho, era chica yo, nueve años quizá. Una vez saliendo del colegio vi mucho humo, fuego, gente corriendo, guanacos disparando. No entendí nada, pero vi a mis padres tristes al llegar a casa. Ese día la fábrica cerró y mucha gente pasó hambre. Bellavista murió un poco.

PAOLA FUENTEALBA MORA, 22 años, Tomé.

Un metro

La cola daba vuelta la cuadra. Cada vez que la fila avanzaba, la señora se acercaba aún más. Le indiqué la línea con la boca. Nada. La miré y miré la línea: «Ya pues, señora». Nada. Tosí y carraspée hasta que toda la fila me miró incómoda. Tampoco entendió, y por no ser mala onda no le dije nada. Al llegar a la ventanilla estábamos tan cerca que cuando el guardia preguntó si veníamos juntas le dije que sí, resignada.

AGYLLANG ANCALAF CORDERO, 17 años, Talcahuano.

Eterna vendedora ambulante

«¡Pescada, piure, cholga!», escucho su voz mientras recorre las calles de Lota, junto a Pedro, su fiel peón. Su caminar lento y su pelo cano contrasta con mis recuerdos. Lleva las marcas de esos interminables veranos a pleno sol y esos inviernos despiadados. Hemos envejecido y creo que no se ha dado cuenta. Voy a su encuentro en la plazoleta, donde descansa y regaña a los gatos que amenazan su carreta. Al verme sonrío y dice: «¿Qué llevarás hoy, chiquilla?», y yo, con más de cincuenta años a cuestas, le respondo: «Quiero pescada, piure y cholga».

BLANCA LILIANA REYES ESPARZA, 54 años, Lota.

A la pared

Mi vieja sonrío al mirar la pared. En la farmacia hacemos el pedido del mes y salimos con un carro lleno. Lleva puestos esos zapatos morados que no le combinan con nada, pero se los regalé yo y con eso basta. Dice que a papá le encantaban. «Pucha, que me veo linda.» Mi vieja, del mismo barrio hace cuarenta años, es de pan tostado con mermelada de alcayota. Ya no es profe, pero te enseña igual. En la pared lee: «Al final ganan los buenos» y me abraza. El final está cerca y sonrío. Atrás el muro, su vida.

PAULO INOSTROZA PAREDES, 40 años, San Pedro de la Paz.

Fascinación

A Susan Norbett se le humedecieron los ojos de emoción cuando contempló, por primera vez, el salto del Laja. Las desbordantes cascadas de aguas cristalinas y la frondosa naturaleza del entorno la subyugaron. Era apenas una niña cuando viajó con sus parientes gringos al paraje, aunque jamás pudo olvidar esa experiencia que introdujo la fascinación en sus entrañas. Y bastantes décadas después, unos meses antes de su óbito y siendo ya una anciana frágil al amparo de su prole, consiguió regresar a las fragancias embriagadoras de la rivera para sumergirse en aquella placidez universal con la que tanto había soñado.

VIRGINIA LUENGO RIQUELME, 59 años, Concepción.

Así te recuerdo

Podía reconocerlo desde lejos cuando lo veía caminando por una de las calles del centro de Concepción, con su chaqueta color caqui, su sombrero que parecía una boina y su mirada de cristal concentrada en su destino. Podía estar vestido como cualquier otro viejo sentado en el café de la plaza, pero su caminata lo hacía distinto a mis ojos. Yo lograba pasar por su lado sin que nunca me reconociera, a menos que le dijera: «Tata, ¡soy yo!».

MAYTE GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 16 años, San Pedro de la Paz.

Cumpleaños en Florida

Recogía las gallinas, inquietas con las primeras gotas de lluvia, cuando lo vio venir. Cojeaba, lento, tras las dos únicas vacas que les iban quedando. Se enterneció y, rápida, se guardó las cobranzas del banco en el delantal de cocina y desajustó la antena del televisor por ahorrarle amarguras con la nueva bajada en el precio de la leche. A la lumbre del hogar disfrutaron, en un murmullo de frases y sorbos, del estofado que les contentaba las tripas y del vino áspero que les suavizaba la triste realidad. Se durmieron abrazados, como venían haciendo desde hacía sesenta años.

LILIAN HERMOSILLA MÉNDEZ, 38 años, Talcahuano.

Hora de irse

«Todo fue tan rápido», dijo él antes de que se le quebrara la voz. «Estamos juntos y es lo único importante», respondió ella con lágrimas en los ojos. Sus manos se entrecruzaron con fuerza un segundo. Los doctores hablaban como si nada enfrente de ellos. La pareja se acercó por última vez a aquellas mesas para luego perderse en el pasillo. Hubo un silencio sepulcral. «¡Parece que pasó un ángel!», exclamó la doctora. «Así como veo, yo creo que dos», respondió su colega. El reloj de la sala de autopsias de Concepción marcaba las 11:35 a. m.

CHRISTIAN OLLIER SANHUEZA, 26 años, Cañete.

Caballos

Cada vez que se enteran de que vivo en Coronel, me dicen: «Debe ser genial vivir en el campo y andar con caballos». «Si supieran que mi lindo pueblo está bastante moderno, hasta mall tenemos», le digo a través de la ventana al caballo de mi vecino que pasta en la plaza.

JACNA GARCÍA SOTO, 17 años, Coronel.

Mamá

Mamá, en la tele están diciendo que comienza la cuarentena en Hualpén. Mamá, se contagió el tata y parece que también la tía. Mamá, ¿qué significa aforo? Mamá, no queda yogurt. Mamá, si pudieras elegir un superpoder, ¿cuál sería? Mamá, yo elegiría el de transformación. Mamá, ¿sabes por qué? Para ser sillón cuando tengas sueño y estufa cuando tengas frío.

VIVIANA FLORES ORELLANA, 34 años, Hualpén.

Cómo cocinar una semana

Para cocinar un Concepción primero tienes que juntar los ingredientes: 1 borgoña de Sociales, 1 Báltica de Jamaica, 2 completos de Marito, 1 melvin de Los Cuervos, 1 six-pack de Los Burros, 12 empanadas de Lengua, 1 mariscal de Lirquén, 1 pizca de estrellas de Punta Parra, 1 pizca de estrellas de Ramuntcho, 1 dosis de vista de la Desembocadura, 1 Java de Playa Blanca. Sazonar la masa con un poco de Chome, de Bellavista, de las lagunas y de los puentes. Mezclar todo y ya tienes tan sólo la primera parte.

CAMILO LUENGO FIGUEROA, 23 años, Concepción.

Laberinto

Caminaba por la galería cuando sentí un escalofrío inquietante que me atrajo al pez detrás del aparador. Al acercarme advertí increíblemente que su diminuto ojo reflejaba a la perfección al pez de enfrente, formando un rebote que a su vez reflejaba a todos los peces del mundo, en cuyos diminutos ojos se vislumbraba una encrucijada, los dos caminos, la caverna, el intervalo entre galaxias, lo conocido y por conocer, los corales, el océano hasta el infinito, y en el infinito mi diminuto ojo reflejando la vitrina de enfrente.

AGYLLANG ANCALAF CORDERO, 17 años, Talcahuano.

Nunca se sabe

Hemos ido cambiando nombres de calles, de cosas, de imágenes, sin que los afuerinos sepan muy bien de qué se trata. Le digo a mi amiga, que es de Santiago, que nos juntemos a tomar café. Que me espere en Paicarrera para ir al Roggendorf. Me dice que no sabe qué ponerse. Le digo que es Tropiconce. No encuentra Paicarrera. Le doy otro punto. La «esquina de los tontos», en la plaza Independencia, por el lado de la estatua Pedro de Valdivia. Dice que no está. Bueno, entonces en Tribus. «*What?*» Durante ese periplo hizo frío, hizo calor y llovió.

MARTA LATORRE CONTRERAS, 66 años, Chiguayante.

Lámpara de papel

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Aquí estamos, expectantes en la oscuridad del Teatro Regional. Una débil luz ilumina la montaña gigantesca de papeles sobre el escenario. El programa sólo dice: «Flota: lo inesperado». Un hombre entra en escena. La sala se ilumina con la luz de su antorcha. El fuego muerde el papel al instante. Todos nos miramos atónitos. Algunos se levantan y huyen despavoridos. El resto aguarda hipnotizado por esta hoguera magnífica. Al poco las paredes crujen y se hinchan como un globo. Los espectadores sonrían. Ahora empieza a elevarse, lentamente. El teatro sale volando como una enorme lámpara de papel. Aplausos. Efectivamente, flota.

ANA BISBAL PÉREZ, 11 años, Concepción.

Conversaciones privadas

Siempre que lo veía en la huerta, en su sitio en Paso de Arena, notaba que hablaba y hablaba. Les decía a unas: «No se hagan las cebollas pa' bajo»; a otras: «Taitita Dio', que están bonitas ustedes, melguitas de porotos». A veces, unas sandías, tras partirse, lo molestaban con su grito; él les respondía al instante: «Benáigame, ¡se pasó esa!». Los duraznos cargados a punto de desengancharse de sus ramas, ¡esos sí que le chachariaban! Ahora que no lo veo noto el silencio. Vaya a saber uno lo que ocultan las conversaciones privadas entre el campesino y su chacra.

DIEGO SAN MARTÍN ÁVALO, 27 años, Los Ángeles.

Caída del fundador

Encomendándose ante la Virgen para triunfar, su estatua se levantó en medio de la ciudad. Ahora sólo es un pedestal vacío pero mucho más simbólico que antes.

PILAR ESCOBAR CID, 25 años, Chiguayante.

El nadador

PRIMER LUGAR

Había bebido el día entero. Ya cuando los rayos de sol comenzaron a hacerse oblicuos, recorrió las instalaciones sucias y abandonadas, los comedores llenos de polvo, la recepción sumergida en telarañas. Y pensar que en los setenta y los ochenta todos sabían que en Hualqui el mejor lugar para descansar era el suyo. Se miró en el espejo del salón y ahí mismo se desnudó, su cuerpo era un asco y lo sabía; pero levantó los brazos y caminó al trampolín como un campeón. «Soy Burt Lancaster» pensó mientras se arrojaba a la piscina inmunda.

FELIPE MEDINA QUILODRÁN, 46 años, Chiguayante.

Ilustración de Ibi Díaz.



La vida en Lebu

Mari mari, peñi/lamien, o buenos días, hermano/hermana, ¿cómo han estado? Yo he estado admirando los hermosos paisajes de este lugar llamado Lebu. Sus verdes bosques y sus cielos tan azules reflejan la armonía desde el Puelmapu hasta el Ngulumapu. Los delicados trazos de la gente trabajadora buscan mantener un hermoso lugar para nosotros. Es cálido, ¿saben? Es como cuando mi ñuke me arrullaba contándome epews. Me recuerda el oleaje del mar y a todos nuestros hermanos pescadores que navegan por medio del Kay-Kay hasta alejarse por el ancho mar, mientras nosotros los observamos entre las praderas del Treng-Treng.

KEVIN OÑATE OÑATE, 12 años, Lebu.

El derecho de vivir en pub

Las noches de Los Ángeles se fueron enmudeciendo. Toque de queda y la bohemia se silenció por completo. Si esta ciudad ya era fome, aburrida y triste, la pandemia hizo su parte y terminó por matar el poco murmullo que se hacía sentir en algún chinchel hasta bien tarde. Sin música en vivo, sin piscolas y sin clery, así quedamos los viudos del carrete de amanecida y de los debates amistosos con algarabía. Y para qué decir la angustia de los siempre noctámbulos amantes, no les quedó otra que buscar el placer en otros horarios y en otros lares.

SCARLETTE TAPIA ALVEAL, 34 años, Los Ángeles.

Tradiciones de campo

Hay un niño que se levanta temprano y camina kilómetros para ir a clases. Por un camino de tierra. Por un potrero. Cruza un estero y se moja los pies. Hasta una senda que lo lleva a la punta del cerro. Ahí no está la escuela sí. Ahí es donde agarra la señal para conectarse a clases.

SEBASTIÁN HENRÍQUEZ HEBERLEIN, 37 años, Concepción.

Amigo solitario

Tengo un amigo fantasma. Es amable y solitario. Vive en una casita abandonada en Schwager; la encontré mientras exploraba. La examiné con cuidado y sigilo, estaba algo asustada. Alguien detrás mío me saludó. Siendo educada saludé de vuelta. Me dijo que hace mucho tiempo no veía a alguien. Me presenté y él hizo lo mismo. Me invitó a tomar un té y acepté. Entramos a su casa. Era vieja pero no estaba descuidada como en el exterior. Debo admitir que cuando descubrí que estaba muerto me asusté demasiado. Pero él no es malo, sólo es un fantasma amable y solitario.

ISIDORA BARAHONA JAQUE, 11 años, Los Ángeles.

TOC

Primer viaje en micro en meses desde que empezó la pandemia. Vacilante y receloso recibo el boleto; desconfiado avanzo sujetándome de los infecciosos fierros para repantigarme temerosamente en el raído y grasoso asiento. Saco mi alcohol y me limpio las manos con la profilaxis de un neurótico y miro con mueca desconfiada a mis compañeros de viaje. Me empieza a picar el cuerpo y no dudo en desinfectarme una vez más, y luego otra, y otra. Finalmente me resigno, toco el timbre (con un pañuelo, obviamente) y procedo a bajarme dos cuadras después de mi abordaje.

CRISTIÁN VALDEBENITO MUÑOZ, 21 años, Chiguayante.

Lluvia

Día de lluvia, sentada con mi mochila, pensando en mi futuro, ¿qué será de mi vida?, ¿dónde trabajaré? Se escucha en el taxibus «El baile de los que sobran». ¿Tendré familia?, ¿cómo serán mis hijos? Y de repente un «¡ya llegamos!». Es mi hija, estoy en mi futuro y no tengo trabajo... y sigue la lluvia.

ANGÉLICA CORDERO LILLO, 50 años, Talcahuano.

A los siete años conocí las estrellas

Mi mamá siempre me acostó temprano, antes de que llegara mi papá. Sólo algunas veces lo vi llegando tarde. Me parecía medio torpe porque siempre chocaba con la mesita de la entrada. Ya acostado, a veces yo escuchaba los pasos en la escalera, el sonido del cerrojo. Mi madre, siempre tan friolenta, manga larga y pañuelo. Un día en mitad de la noche me despierto, es mi mamá: «Nos vamos de paseo». Me pasa una mochila y salimos. Afuera, le pregunto: «Mamá, mamá, ¿qué son esas luces en el cielo?». «Estrellas, hijo.» «¿Esto pasa cuando me acuestas?» «Sí, hijo, esto pasa.»

JOAQUÍN SÁEZ FERNÁNDEZ, 27 años, Concepción.

Yo y papá

La lluvia caía mientras estaba junto a mi padre en ese parque. Las hojas estaban llenas de agua y el viento soplabo, pero igual decidí quedarme. Era 17 de julio, mi cumpleaños, primera vez que celebraba así, sin mucha compañía y en silencio. No necesitábamos hablar, me gustaba la compañía de papá, me hacía sentir cómoda. Me senté a un lado y sonreí esperando a que me viera, aunque pareció más una fea mueca. Acaricié las letras de su tumba y me puse el gorro de mi chaqueta. Era una fría tarde en el parque San Pedro.

JAVIERA LILLO MILLAR, 17 años, Coronel.

Ellas y la Ester Roa

Desde la caseta mi vista era panorámica. Con sus moños siguiendo el vaivén de sus movimientos, calentaban las jugadoras del campanil y las del cacique. También trotaban las árbitras. Yo, ansiosa desde las alturas, abría la transmisión comentando frente a la cámara. Y en el Ester Roa, nuestra primera alcaldesa y testigo del espectáculo recibió el partido de la primera fecha del fútbol femenino. Nunca más sin nosotras.

NICOLE OLGUÍN FIERRO, 31 años, San Pedro de la Paz.

Nostalgia de pájaros

De madrugada, frente al espejo, distinguió cuánto envejecía encerrado. Al atardecer, aún perturbado con el reflejo, tras los ventanales, contempló el paso de una gaviota. El vuelo blanco y, al fondo, los verdes cerros de Nahuelbuta le recordaron las acompañadas caminatas a la reserva Nonguén. Imaginó el sonoro canto del diminuto chucao, el formidable aleteo de dos asustadizas torcazas, el curioso y rasante acercamiento del chuncho, atraído por el gorjeo que imitaba su hija hoy lejana. Igual que en «Silencio» de Drexler, percibió la melodiosa composición de un centenar de pájaros trinando, mientras recreaba cómo ambos sincronizaban pasos, complicidades, sentimientos.

JAIME SOTO BARBA, 57 años, Concepción.

La sirena

Año 77, pabellón 76 de Lota, y la sirena no dejaba de tocar. Mi mamá al igual que yo no podía dormir, le pregunté qué pasaba y me hizo callar. Así era cuando mi papi bajaba a la mina y tocaba esa sirena. Bajé y vi la ropa de él tendida en la mesa rodeada de velas. Eran las tres de la mañana y golpearon la puerta; abrieron y no había nadie. «Ese es el finao... quiere que lo saquen de en medio de la tosca pa descansar», decían. Y nunca más lo vi.

NELLY PEÑA PINILLA, 50 años, Lota.

Contagiando inocencia

El pequeño Simón agita sus pequeñas manos y grita alborotado, al ver la ambulancia que por segunda vez viene a casa de los vecinos de enfrente: «¡Mami! ¡Mami! ¡Llegaron los astronautas!». Grita feliz, mientras su madre le acaricia sus cabellos. Es que a sus tres años, la vestimenta de los enfermeros se parece a la de los héroes de sus sueños infantiles que llegan de su viaje a la luna. Enseguida junta sus manitos en señal de oración para que ojalá mañana los astronautas lo visiten a él.

CATHERINE MELO MATAMALA, 17 años, Negrete.

El ermitaño de la carretera

Salí con mi primo en vacaciones a jugar voleibol en La Higuera, Quilaco. Partimos. Caminamos asoleados durante tres kilómetros, jugamos, descansamos. Cuando volvíamos, poco después de cruzar el puente Quilaco, oímos susurros provenientes de una reja oxidada que delimitaba una choza. Me espanté: cabezas de muñecas clavadas en palos alrededor de la zona, un hombre de edad avanzada preguntándonos la hora. El asombro me enmudeció. Aquel anciano tenía sordera parcial. Mi primo miró su reloj y gritó: «¡Las 7:35!». El hombre agradeció y dijo fuertemente: «Pronto tendré una entrevista de trabajo, tengo que ser puntual». Agachó la cabeza y viró.

NICOLÁS QUEZADA HERRERA, 16 años, Santa Bárbara.

Fotógrafo

Cuando en el jardín le preguntaban: «¿Qué quieres ser cuando grande?», él, con orgullo, respondía: «Fotógrafo, como mi papá». Pero un día descubriría la verdad detrás de aquella inocente ilusión. Con el tiempo entendió que unas fotos en Instagram no te hacen fotógrafo, y que unas visitas al año no te hacen papá.

JORGE VENEGAS PETERSEN, 24 años, Concepción.

El ángel de cumpleaños

El día de mi cumpleaños yo estaba en la casa de mi familia en Lota. Ellos me despertaron cantando las mañanitas, con mi torta favorita. Aún media dormida, intenté sacar una sonrisa. De la nada mi mamá comenzó a llorar, yo no entendía el porqué. Intenté sostener su mano, pero no tenía fuerzas, llevaba tiempo atrapada en esa habitación, jugando con mis juguetes de las mil historias. Más tarde me vistieron de blanco, resaltando mi cabello oscuro, y por primera vez usé maquillaje. Mi mamita dijo que era un ángel de cumpleaños y era mi hora de regresar al cielo.

ANABEL SEPÚLVEDA MARDONES, 14 años, Los Ángeles.

Niñez

Un día de verano, me encontraba sentada en un banco del parque; cerca de mí habían dos niños acostados sobre el refrescante pasto, descansando de tanto jugar, mirando el cielo azul con nubes. Aparte de las aves que planeaban de forma elegante y serena, ellos veían nubes con formas de animales, perros, tiburones, caballos, dragones, las que lentamente se iban desvaneciendo y dejando paso sólo al cielo azul. Rápidamente se incorporaron para seguir jugando, había tanto por hacer. En cuanto a mí, seguí recibiendo la suave brisa veraniega, mirando de vez en cuando el cielo, en busca de un dragón.

CECILIA BARRÍA BARRIENTOS, 56 años, San Pedro de la Paz.

Lágrimas de estatua

Sí, vi llorar a Lautaro. Cualquiera dirá que estoy loco, que la vieja estatua de la Plaza de Armas continúa inmóvil. Pero una noche de esmog, mientras Carabineros cursaba un parte a un mendigo desorientado, dos lágrimas escurrieron por el rostro del resignado. «Si tuviera mi caballo podría hacer más que observar», se escuchaba levemente, pero no se distinguía ni un movimiento, sólo el de los perros vagos que a diario se le acercan y el de las mascarillas sucias, pintadas con labial, que sobrevuelan hasta enredarse en su lanza.

FRANCISCO LAGOS TORRES, 19 años, Concepción.

Buena madre

Salí a caminar por el canal Ifarle buscando alivio para mis piernas hinchadas y para mis preocupaciones. Respiré profundamente mientras miraba el reloj. Diez minutos habían pasado ya desde la última contracción. Comencé a buscar alguna distracción en el paisaje, pero las preguntas volvían a mi cabeza: ¿cómo será el parto?, ¿seré buena madre? De pronto la vi otra vez; siempre en el mismo lugar. ¡Tan buena madre!, pensé, ¡tan protectora, dedicada y distinguida! Ella pareció darse cuenta de mi admiración y me dirigió una mirada de bio-complicidad. Y siguió empollando la madre cisne, y seguí contando los minutos yo.

ASTRID NEIRA SEGUEL, 38 años, Talcahuano.

El diamante de Lota

MENCIÓN HONROSA

Cuando el guía les pidió a todos que apagaran las linternas y guardaran silencio, él retrocedió lenta y sigilosamente, caminó en cuclillas por el túnel aguantando el terrible dolor de espalda y de memoria con su mano tosca y arrugada rozando la veta de carbón se adentró en las galerías donde de niño había trabajado; quería descansar junto a su padre y hermanos. Arriba nunca supieron qué pasó con esa linterna, jamás volvió.

DANIEL MOYA LECAROS, 35 años, Nacimiento.

Se hacen viajes espaciales

Recuerdo soñar con viajar algún día a Jupiter o Plutón con el chofer de Las Galaxias, recorrer el sistema solar y luego volver a mi casita a descansar. Recuerdo muchas veces haber pensado en cómo preguntarle el precio de un viaje a la Luna y ver si me alcanzaba con las monedas que mi abuelo me daba todos los domingos. Recuerdo a mi mamá explicándome que la micro no era una nave espacial. Recuerdo haberle guiñado un ojo y decirle: «Claro que no». La evidencia era innegable, sólo que mi mamá quería que mantuviera los pies en la Tierra.

CRISTÓBAL GONZÁLEZ ARANEDA, 26 años, Concepción.

Devuélvenos hoy el pan de cada día

Pa'l terremoto nos llegó un quintal de harina saqueado. Nuestra clase media nos daba para rechazarlo, entonces preferimos llevárselo a la Blanqui pa que hiciera magia. Por dos semanas un pasaje completo y otros tantos tuvieron la dicha de sus manos y una guatita llena y un corazón reconfortado pese a la adversidad. Me gusta imaginármela hoy en su cocina al lado del horno sacando mil pancitos mientras cuenta alguna talla picarona pa sacarnos del encierro, y su divinidad hace que esta vida pandémica deje de ser una cárcel, y su recuerdo que el mundo deje de sentirse vacío.

DIEGO SOTO SUSPERREGUY, 30 años, Concepción.

La Cruz de Mayo

Los niños buscaban palos para hacer una cruz. Las niñas adornaban la cruz con flores. Aunque tan niños no éramos, nos sentíamos felices al emprender la aventura. Para el centro no íbamos; son más generosos en los barrios, en la pobla. A todo pulmón cantábamos la típica canción. Si nos daban algo, respondíamos «muchas gracias, señorita, por la limosna que ha dado». Después se repartía el botín o bien se cocinaba una rica cena en la casa de alguna vecina. Ya no veo la Cruz de Mayo. Quizá la cambiaron para otro mes.

LUZ ARÉVALO VILUGRÓN, 57 años, Concepción.

La sirena del salto Rehuén

Es de noche en Mulchén. Miro la ventana y veo una hermosa luna llena en el cielo y recuerdo la historia de una sirena que sale en el salto Rehuén en noches con esta misma luna. Así que le pido rápidamente a mi mamá que me lleve para comprobar esta historia. Llegamos al salto, bajamos con cuidado por las escaleras, cuando de repente escuchamos una hermosa voz cantando. Seguimos bajando y encontramos a una bella sirena sentada en una roca. Ella voltea hacia nosotros, se asusta y se tira al agua para nunca más volver a aparecer.

JUAN ABARZÚA GONZÁLEZ, 11 años, Mulchén.

¿Qué se trama en Freire con Janequeo?

Llego al paradero de Freire con Janequeo y como cada día está ahí, con dos relojes en su muñeca y su cuaderno lleno de números y garabatos. A lo lejos viene una Tucapel; se prepara como siempre y, apenas se abre la puerta, sube a la micro y grita aquel algoritmo matemático que cambia con cada micro: «A 5 de la 19 y a 8 de la 65», y en un movimiento perfecto salta de la micro en movimiento y cae suavemente sobre el cemento contando sus ganancias. ¿Qué clase de conspiración secreta es ésta?

CAMILA OSORIO SEGUEL, 23 años, Hualpén.

Superhéroe

El hecho de trabajar haciendo aseo en el hospital Las Higueras en tiempos de pandemia le daba cierto prestigio en el barrio. Cada vez que regresaba del trabajo lo miraban como a Batman o Spiderman, alguien que retorna a casa después de enfrentarse a un archienemigo.

UMBERTO TOSO GÁLVEZ, 50 años, San Pedro de la Paz.

Día del Carabinero

El niño miró a la multitud en Paicarrera. Nunca en su vida había visto tanta gente reunida. Su mamá a su lado le tomaba la mano fuertemente, mientras gritaba consignas contra el gobierno. Lo que no entendió fue por qué los carabineros comenzaron a golpear a la gente. Lo que no entendió fue por qué su mamá lo había disfrazado de carabinero el año pasado, cuando estaba en kínder.

RAMIRO MARTÍNEZ MUNDACA, 37 años, Laja.

Visita al parque

Llegamos felices, nuestro curso había sido invitado a visitar el parque Jorge Alessandri. Fuimos a ver a los animalitos y luego escalamos un pequeño cerro. Al llegar a la cima pudimos admirar la belleza del paisaje. Al descender bajamos corriendo con los cabros. Las mamás tenían listas las colaciones, fuimos desesperados a comer. De pronto alguien dice: «¡Oye!, ¿y dónde está el Gonza?». Ahí se armó el caos, todos buscándolo. La Cami histérica lloraba diciendo que se lo había comido un puma. Pasaron como diez minutos cuando aparece el Gonza, lo más campante, diciendo: «¡Miren, cabros, encontré un copihue!».

DANIEL GONZÁLEZ MIRANDA, 17 años, Los Ángeles.

¡Todo fue un montaje!

¡Nos mintieron! Todo fue un montaje digno de Kubrick. No vimos los focos, pero estaban allí. Los actores, las cámaras, el croma. Todo falso. Salfate lo dijo: ¡todo calza! Y ¡paf! apareció una plaza, gritos, gente corriendo, pacos, perros terroristas, lacrimógenas imaginarias, tan realistas que te hacían llorar. «¡Todo falso!», decía el abuelo, «¡estos comunistas inventaron todo!». Mientras, la abuela le servía otra cervecita pa que no se pusiera brígido. «¡Son los ET!», dijo la abuela apuntando al cielo con su dedo acusador, «lo dijo doña Ceci, ella no miente, me regaló un tazón en la junta de vecinos».

KURONOX HÜRIN MONTECRISTO, 33 años, Hualpén.

Surrealista

Me fui derecho a mi casera del mercado. «Arriba quedan mesas», me dice la flaca. «Tráigame una cazuela de ave y un tecito helado, por favor» (le guiño un ojo). Subiendo la escalera escucho mucha gente conversar y reír, pero cuando me asomo todos se callan. Almuerzo en un silencio sepulcral entre decenas de personas que ni siquiera cuchichean. De a poco se van yendo y me quedo solo con mi plato y una cueca en inglés de Sexual Democracia que empezó a sonar por una ventana entreabierta. Ahora entiendo: mi vida la dirige David Lynch.

FULVIO CASANOVA GALLEGOS, 56 años, Lebu.

Apagué

Desperté. Miré Instagram en el celular, todos los posts hablaban del covid. Lo apagué. Prendí la televisión, las noticias hablaban del covid. Había llegado a Hualpén. La apagué. Encendí el computador y entré a la clase en línea, la profesora hablaba del covid. Corté la llamada y apagué el computador. Tenía sueño y me metí a la cama. Simplemente, me apagué.

SOFÍA VELOSO HIDALGO, 16 años, Talcahuano.

Dinosaurio

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Lleva mucho tiempo esperando. El sol quema hasta lo más profundo de su mollera. Lo pusieron ahí en la plaza sólo para las fotos. Está harto de esperar y no hacer nada. De cuando en vez se entretiene mirando hacia el cielo, esperando de que el próximo asteroide caiga pronto y pueda regresar a donde pertenece.

WALDO MEDINA VÁSQUEZ, 65 años, Talcahuano.

Botes y sirenas

Cuando el pescador sale a la mar, cerca de las tres de la madrugada, al cruzar por medio de Talcahuano y la isla Quiriquina, aparecen ellas, bellas y hermosas sirenas, para cautivar y enamorar a todo el que pase por el sector. Cantan y dan de comer los más ricos manjares de la zona. El pescador que se enamora o come de éstos es llevado a las profundidades del mar, donde debe luchar contra bestias y monstruos para proteger a su enamorada. Cada bote que flota en el sector sin tripulantes es quemado para terminar con la maldición.

CARLOS CARTES STEVENS, 36 años, Penco.

Azucena

La Azucena era la reina del puerto. Durante las tardes se imaginaba sobre una flota de navíos mercantes, buscando oro en tierras lejanas para repartirlo entre sus clientes más fieles. Se vestía con sedas americanas, robadas en alguno de los atracos que cometía regularmente en los palacios de la calle Maipú. La Azucena fue feliz, aunque siempre supo que estaba destinada a venderse los días de quincena.

JORGE ÁVILA ÁVILA, 31 años, Concepción.

Él no separaba las aguas

Por un problema en sus rodillas y porque mucha fuerza ya no le quedaba, él debía ocupar un bastón. No le gustaba, pero con el tiempo le encontró su gracia. Recuerdo que cuando lo veía con su bastón, él lo levantaba y hacía que era una metralleta. Pero lo más fantástico de su bastón es que le daba un poder legendario: con él podía hacer que cualquier micro se detuviera para dejarlo cruzar la calle. Algunos superpoderes solamente son merecedores de portarlos los tatas, pero ahora sólo el bastón y yo podemos contar esas historias.

JAVIERA SEPÚLVEDA DURÁN, 12 años, Hualpén.

Sólo un mito

La Camila desde chiquitita ha sido supersticiosa, pero ahí estaba, recibiendo su título y recordando la vez que pasó corriendo, sin querer, por encima del escudo que está bajo el arco de la UdeC. Arrancaba del guanaco, en una de las tantas marchas convocadas para el estallido social. Se ríe de sí misma y posa para la foto con su título en mano. A su lado la acompaña su abuela, quien prendía cada semana un ramo de laurel para espantar las malas energías. «Lo logramos, vieja», piensa, mientras mira bajo sus pies aquel escudo que tanto temió.

ARELLY CASTILLO OBREQUE, 21 años, Talcahuano.

El perro viejo

Cuando salí, de mañana, lo divisé durmiendo sobre el césped. No lo había visto antes: otro perro abandonado, pensé. Durante el día no me acordé de él. Regresando a casa, lo vi caminar lentamente husmeando el suelo. Un perro viejo, me dije. Ya cerca de él, me miró con ojos tristes y siguió mis pasos. Abrí la reja, lo miré y le dije: «¿Entras?». Le improvisé una cama, le puse agua y obligué a mi perra Mita a compartir su alimento. Lo miré comer y tomar agua, y recordé a Platero: cuando muera tendrá alguien que lo entierre.

MARCOS ESCOBAR RIFFO, 58 años, Penco.

Tostadas con mantequilla

MENCIÓN HONROSA

Short rosado heredado de la hermana, sombrero de paja con una flor gigante, el olor a tostadas con mantequilla por la mañana y la emoción del primer viaje en tren. Destino: San Rosendo. «¿Por qué esa playa está cerrada?», pregunté curiosa. «Porque es nuestra y nadie más puede entrar.» Mamá jugaba conmigo, pero yo no lo noté. «Ahí lo dice», apuntó a un cartel, pero yo no sabía leer. «¿Somos millonarias?», estaba asombrada. «Lo somos», me abrazó mamá. Tres años tenía en ese entonces, y sí éramos millonarias, pero no de la forma en que yo pensaba.

NANCY MOLINA MUÑOZ, 30 años, Concepción.

Ilustración de Silvana Youlton.





¿Cómo es un día especial?

Pasan los días, uno tras otro, y nada cambia. He llegado a preguntarme por qué pasa esto. ¿Acaso Dios me escuchó cuando decía que no quería ir? ¿Acaso mis padres se compadecieron en extremo de mí y prefirieron dejarme dormir hasta tarde, casi hasta la hora del almuerzo o hasta que cantaran los gallos de mi casa?. Sólo recuerdo el último almuerzo con todos mis amigos, cuando de repente nos informaron que ya no habría escuela, ni mañana, ni después. Luego sonó la campana, salimos brindando felices sin saber que la última campana cambiaría nuestras vidas.

NAYARET ÑANCO ANTIMÁN, 11 años, Tirúa.

Tren cabrerino

Entre los años 60 y 70 la gente de Cabrero acostumbraba a hacer una fiesta en la estación de trenes. Esta fiesta era para celebrar el trabajo que hacían los mineros que iban a las mineras de Concepción. Un día el tren no volvió más y todos lloraron a los mineros durante semanas. Nadie traía respuestas y no se sabía nada de lo sucedido. Veinte años después, cuando el tren ya no se usaba, entre la neblina se escuchó llegar un tren. En él venían todos los mineros perdidos. Habían entrado en un bucle del tiempo y no recordaban nada.

NOEMI DURÁN RAMÍREZ, 15 años, Cabrero.

Los Montanari

Los Montanari eran tres, quizás cuatro, pues parecían calcados y llegaron al mundo bien seguido. Todos los hermanos derrochaban talento y fuerza para la pelota. El pueblo confiaba en que por fin ganarían la Recopa, con ellos en la cancha era impensable otro resultado. Las champas del Caupolicán no serían impedimento; nacieron con ellos. El Huracán de Penco no tendría la mínima opción. La apabullante goleada visitante no fue la mayor de las desilusiones esa tarde. A esa misma hora los Montanari dormían plácidamente en el bus luego de firmar contrato para un elenco de la capital.

MAURICIO SOTO RETAMAL, 59 años, Concepción.

Temporada de desmantelamiento

MENCIÓN HONROSA

Atención, termitas lotinas, el inmueble ubicado en calle Carlos Cousiño 797 ha sido abandonado. Al ser una estructura inmensa, privada y sin uso social activo, se hace el llamado a realizar –como de costumbre en estos casos– el recreativo desmantelamiento familiar, con el fin de que cada una pueda saciar brevemente las necesidades individuales y del hogar mediante la apropiación de los elementos u objetos del lugar. Se ruega a las asistentes tener cuidado con los clavos, los perros, la policía; también evitar cambiar lo obtenido por pasta base. Lleva tu herramienta, no faltes.

AGUSTÍN ARRIAGADA JARA, 21 años, Lota.

Los pescados de Aliwen

Había una vez un pequeño niño llamado Aliwen que vivía en una ruka junto a sus abuelos. Su abuela normalmente tejía calcetines para el invierno, su abuelo cortaba leña y cazaba para alimentarse. Mientras tanto Aliwen salía todas las mañanas a pescar. Por lo general pescaba de dos a tres peces. Un día pescó siete. Aliwen se alegró tanto que presumió a todos los siete pescados. Después de presumir tanto, Aliwen se sentó y, sin querer, sus pescados se cayeron al río Lleulleu. Aliwen, triste, se fue a su ruka y nunca más volvió a presumir algo valioso.

MOYRA PÉREZ GATICA, 12 años, Tirúa.

Carrete infinito

Siempre me llamó la atención ese dúplex de Carrera con Lientur. Tenía tubos de neón y se veían brillantes toda la noche. Me moría de ganas de saber si era un bar o un departamento bohemio con insaciables luces violetas. Un día decidí colarme para saber qué era. Entré al edificio y encontré el departamento. La puerta estaba abierta y al entrar caí presa del horror; personas en el piso, sin una gota de vida, otras golpeando las ventanas al compás de infinitas cumbias. Quise volver, arrancar de ahí, pero cuando me di vuelta la puerta ya no estaba.

PABLO CARRASCO PÉREZ, 24 años, Concepción.

Duro de demoler

Muchas veces han intentado derrumbar el teatro viejo, limpiar de cuajo ese quiste de mármol. Muchas planificaciones han sido abortadas, pues hay una especie de campo de fuerza que protege su vieja estampa. Los operarios escuchan voces, como cantos de sirenas que los embriagan, las máquinas parecen detenerse apenas cruzan la cerca que lo rodea. No hay explicaciones mecánicas, tampoco resabios sindicales. Sólo que algo pasa. Algunos han visto subir por sus escalas de entrada doble a una pareja que al llegar arriba se abraza. En su bóveda abierta al cielo retumban risas, llantos, parlamentos. Parece un fonógrafo del tiempo.

GAMAL CERDA ETCHEPARE, 59 años, Talcahuano.

Hachiko

Adoro las tocatas porque todos me acarician, aunque es triste no volver a verlos. Eso pensaba yo hasta conocerte, amigo de pelo rizado. Desde que nos conocimos en el REC, fuimos inseparables. En cada tocata andaba contigo y tu polola. Seguro está celosa de nosotros. ¡La última vez que te vi, en plaza Perú, no tenías pelo!, pero te quedaba bien. Ha pasado un mes desde eso. Ayer vino tu amada, me dejó comida y tu bufanda. Tranquilo, te la devolveré. Por cierto, tu polola me llamó Hachiko. Qué bacán, siempre quise un nombre. Te extraño, ven pronto.

MARÍA CAMPOS MARTÍNEZ, 16 años, Arauco.

Inmaculada

Olvidada entre verdes copas, de pie y aún descalza, posé mi vista sobre ella. Sabía de su existencia, pero nunca antes me detuve a conversar. Ahora que lo pienso, no tenía tiempo o al menos eso creía. Por supuesto, la noche ya había caído, de otra forma verle era imposible. Desde el balcón, busqué las Tres Marías en el cielo. Llevaba semanas evitando salir, no recibía visitas. Me había tomado muy en serio esta cuestión, debía mantenerme aislado. Miré hacia Collao, ahí estaba, una cuarta María iluminando el cerro. También con corona, pensé. Y sin apartar la vista, le hablé.

FABIÁN FIGUEROA JARAMILLO, 29 años, Concepción.

En «la corrida»

Su rutina es abordar el tren, llenar los sacos con carbón y lanzarlos al camino. Con el dinero obtenido por este «oficio» de perrero, Ramiro tiene un objetivo especial, y piensa: «Hoy regalaré la bicicleta a Marta». De pronto, el ferrocarril ingresa raudo por el túnel y Ramiro se lanza sobre él, mas una mala maniobra lo hace caer entre dos carros. El paso del tren se ve reflejado en el rostro perplejo del muchacho. Mientras agoniza van pasando diversas imágenes por su mente. La última imagen es de Marta, pedaleando en su bicicleta por las costas de Lota.

HUGO SÁEZ RETAMAL, 46 años, Coronel.

Un payaso de padre

Al centro, el ataúd. A su derecha, tres payasos, dos trape-cistas y un domador de leones; a su izquierda, mi madre, mi hermana y yo. Ellos, visiblemente tristes; nosotros, incómodos. Nunca perdoné a mi padre por haberse ido con el circo cuando yo tenía diez años. Nunca más lo volví a ver. Por eso apenas reconozco al tipo con corbata a lunares que descansa dentro del cajón multicolor, al centro de esta carpa agujereada que acabo de heredar.

MARCELO LEÓN HERNÁNDEZ, 48 años, San Pedro de la Paz.

Hacia la radiante luz

Me citaron al Hospital Regional para informarme sobre la muerte de mi abuela debido al covid-19. Nunca pensé que alguien de mi familia moriría por eso. Caí al suelo y las lágrimas brotaron de mis ojos. Sentí una presencia al lado mío. Miré y era una niña. Me dijo: «¿Por qué estás triste?». Le expliqué lo que sucedía, me abrazó y me dijo: «Tranquila, yo la cuidaré, así que no estés triste». Extrañada, la miré y divisé a mi abuela. Se tomaron de la mano y se alejaron hacia una radiante luz que había en la puerta del hospital.

ANNAIS PÉREZ JELVES, 17 años, Talcahuano.

Pirquineros de Curanilahue

Figuras se mueven raudas en la oscuridad. Se juntan en paraderos y conversan, unas muy bajito, otras a grandes voces, también ríen con fuertes carcajadas. El camión se acerca, todos trepan en su carrocería como gacelas. Poco a poco se acallan las voces. Cada uno en sus pensamientos. ¿Problemas personales?, ¿trabajo? ¡Nadie lo sabe! Sólo ellos. El camión transita por tortuosos caminos, cerro arriba y abajo, saltos van y vienen. «¡Ya falta poco!», dice alguien, nadie contesta. Todos piensan. Es posible que hoy alguno no vuelva. No van a la guerra. Igual pueden morir. Son pirquineros del carbón en Curanilahue.

LUIS FLORES OLAVE, 65 años, Los Álamos.

El angelino

La cruz de Los Ángeles me dio la bienvenida, nada alentador para un joven ateo. Desprenderme de Pudahuel no fue fácil, no entendía por qué acá la gente cierra el comercio para almorzar, se saludan, se miran y se sienten orgullosos del apostólico nombre de su recatada ciudad. Luego de los años, me siento un angelino más. Lloré cuando murió la Bombera, me asusté con el tornado, la sufrí con el terremoto y le tomé un resentimiento a los santiaguinos blasfemos que pronuncian «Lo' Ángele'» en vez de «Santa María de Los Ángeles».

JOSÉ MIGUEL ACUÑA CORNEJO, 31 años, Los Ángeles.

Paranoia

En la región, la mayoría de los buses y micros conducen a la velocidad de la luz y con cumbias. ¿Será coincidencia? Desde chico temí por mi vida cuando subí a una Coronel-Lota y más cuando se puso a echar carrera con otra. Definitivamente no quería morir a los diez años escuchando La Sonora Palacios. Luego me fui acostumbrando, de modo que cuando conocí a Las Galaxias y sus secuaces ya era algo normal. ¿Serán una secta los choferes? Ellos me miran mal, saben que sospecho. Quizás son otra especie o extraterrestres. ¿Y si las cumbias traen mensajes subliminales? Investigaré.

MARÍA CAMPOS MARTÍNEZ, 16 años, Arauco.

Pepito, mi amigo

Mi amigo imaginario Pepito y yo, cada tarde caminamos por la orilla de la laguna San Pedro. Miramos los gansos y les damos miguitas de pan. Ellos felices se las comen. Elevamos volantines. Comemos algodón de azúcar y churros y nos contamos secretos de la vida visible y la invisible. Jugamos hasta que uno de los dos se cansa. Nos sentamos en el pasto verde a pasar las horas. Me cuenta que su vida no es fácil, nadie logra verlo, nadie tiene tiempo de imaginarlo. Me da pena que se deprima y lo abrazo. Luego nos vamos felices a casa.

JOAQUÍN ROJAS CARRILLO, 11 años, San Pedro de la Paz.

Concepción y el Área 51

La teletransportación es real, sin embargo es involuntaria e involucra un wáter. Les cuento: el otro día salí a escuchar jazz a Mal Paso, fui al baño y cuando salí estaba en mi casa. No lo podía creer. Me volví a meter al baño y cuando volví a salir estaba en Casa de Salud. No sabía qué pasaba. Disfruté un poco y me volví a meter al baño. Cuando salí estaba en el Manhattan chorreando la vida. De hecho, estoy escribiendo desde el baño de Bar Callejón. Cuando salga espero tomarme un borgoña del Neruda o de la Bodeguita.

SEBASTIÁN GAVILÁN ZAPATA, 24 años, Talcahuano.

Tardes de calor

Su técnica no podía funcionar de nuevo, así que ahora corrí lo más rápido que pude. Aun así fue en vano, como las otras tantas veces. Esa mancha en el suelo me seguía adonde quiera que fuera, no importaba cuánto le ladrara.

FELIPE GUZMÁN RIQUELME, 14 años, Coronel.

Kintulayaimi shiñurra

PREMIO AL MEJOR RELATO EN MAPUDUNGÚN

Pichikalu iñche, «kintulayaimi shiñurra» beypikeenu tañi ñuke-yem. «Shiñurra kintulmi ¿re-Indio beypipelayabeymu ama?» beypikebuy tati. Rume-porfiao iñchiñ pu mapuche welu, doy may kauchuyawlu iñchiñ. Petu wechelu iñche, kimbin kiñe shiñurra, küme adngey tati, sarko nge niy, ¡poboy ñi piwke kidu ñi duam mu!. Kechu mari tripantü dew rupay tayu anukunupan baple, túbachi bücha warria mu. Chew rume miyawli kimbali may tañi mapuche ngen. Kiñeke mu ayentungeken, illamkangeken, Indio pingeken. Welu tañi küre kiñechi no rume «Indio» beypilaenu. Küme tripay tañi poyengechi küre, bewla adümküley Mapudungün kenü. Tayu pichikeche ka mapuchedungukeyngün, yewekelayngün. Petu nütramkakeiñ mapuchedungun mu, newe mülewenole rume iney taiñ nütramkayabiel.

DAVID POBLETE MANQUILEF, 41 años, San Pedro de la Paz.

No andarás buscando una no mapuche

Cuando era niño, «no andes buscando una mujer no mapuche», me decía mi difunta madre. «Si te buscas una, ¿acaso no te va a tratar de indio todo el tiempo?» Pero los mapuches somos porfiados, sobre todo cuando andamos de solteros. Cuando aún era joven conocí una; era muy linda, tenía ojos claros. ¡Se volvió loco mi corazón por ella! Ya han pasado más de cincuenta años desde que nos asentamos acá, en esta tremenda ciudad. Por donde ande, es evidente que soy mapuche; en ocasiones se burlan de mí, me discriminan, me tratan de indio. Pero mi esposa ni una sola vez me ha tratado así. Salió buena mi amada esposa, ahora hasta está aprendiendo mapudungún. Nuestros hijitos también hablan el mapudungún, no se avergüenzan. Aún conversamos en mapudungún, a pesar de que ya no queda casi nadie con quien hablarlo.

Oscuridad

A esa hora las calles de Concepción olían a humo, a ese humo espeso que hiere hasta el alma. A medida que avanzaba, sólo iluminaban el camino los restos de unas ardientes barricadas. A ratos su pulso golpeteaba su pecho como un mal presagio. Un poco antes de llegar a casa divisó la sombra por primera vez, se limpió los ojos y volvió a enfocar. Sí, era él, su amado hijo menor, que estaba en medio de esa desolada oscuridad, sentado en la acera, con su cabeza hinchada, llorando lágrimas de sangre.

PATRICIA POBLETE ARELLANO, 66 años, Los Ángeles.

El fin

¿Sabías que si la luz del sol se apagara, tardaríamos ocho minutos en notarlo? Ocho minutos era todo lo que me quedaba de tiempo, y había tantas cosas que no había hecho, creyendo que aún tendría tiempo para hacerlas. Crucé corriendo por el parque Ecuador al darme cuenta de que todo acabaría. Tomé mi teléfono y marqué a la persona que más me importaba, no para despedirme, no para decirle que la amaba, sino para que su voz fuera lo último en escuchar antes de que todo acabara. Escucharla hizo que todo el miedo del momento simplemente desapareciera. Todo acabó.

FERNANDA MUÑOZ TORO, 11 años, San Pedro de la Paz.

Postcuarentena

Fue entonces cuando Concepción se echó a las calles, como si el añoso Biobío desplegara su torrente de agua prisionera. Los hijos se soltaron de las manos protectoras de sus padres, tañeron nuevamente las devotas campanas de la iglesia, los clandestinos reabrieron sus libretitas pa'l rayeo y los amantes, celosos del tiempo perdido, retornaron a sus furtivas andanzas. Llegaba así el tormento a su fin, sólo quedaba aprender a olvidar.

JAIME PINTO ROJAS, 50 años, Concepción.

Otrora

«¿Les conté que tengo el autógrafo de Neruda?», el octogenario de nariz regordeta y mejillas sonrosadas repartía entre las migas su anécdota preferida. «Con él tomé mi primer enguindao... donde la tía Olga. ¿No me creen? ¡Aquí tengo la prueba!» Sacó de su bolsillo con presteza un boleto de Mi Expreso. Las palomas miraron desconcertadas el arrugado texto que rezaba «Adulto mayor». De pronto una brisa le arrebató el papel, que se perdió a la distancia. El anciano hizo una mueca. Miró alrededor de la plaza Independencia. «Está cambiado Conce», suspiró. «En fin, ¿les conté que tengo el autógrafo...?»

JAVIER LASTRA CONCHA, 32 años, San Pedro de la Paz.

Mi Gran Concepción

Los dados me marcan 8. Avanzo en el tablero las casillas correspondientes y caigo en Barrio Norte. El Banco de Concepción me pregunta si quiero comprar, pero apenas me alcanza para pagar la renta. Si en el siguiente turno caigo en el Estadio Collao, lo compro. Mi papá saca una carta de «destino» que dice que se contagió de coronavirus por carretear en Barrio Estación y no hay camas en el Hospital Regional, así que pierde un turno. Así se fue una cuarentena, entre juegos de mesa. Dejo de soñar y pienso: «¿Cuándo dejaremos de jugar al Gran Santiago?».

HANS RESKE ULLOA, 30 años, San Pedro de la Paz.

Foto anual

El verano pasado fuimos al salto del Laja, nos sacamos la foto anual y mi papá hizo el comentario anual de que cada vez tenía menos agua. Nosotras asentimos y fuimos a comprar collares artesanales que se perderían antes de que llegásemos a nuestra casa. Hoy mi mamá me mostró un video de la cascada, se veía majestuosa. Lástima que en esta ocasión no podamos ir a sacar nuestra foto anual y que mi papá no pueda simplemente sonreír sin decir nada.

EMILIA ROMERO MOLINA, 12 años, San Pedro de la Paz.

Pu patiru ñi wüfko

Contulmo kara mew tuwün, kuify mew mülerkefuy alü mapucheke miyawürkefuy kom tati mapu mew. Kiñe antü akurkefuy pu jesuita, feyengün küpa puzümafiel wingka feyentun feymu rümel zungukefuyegün ta che, kiñeke alkütukefeyew kake alkütukelafeyew. Tati pu patiru wenügetuy ta che egün kimeltukefuyegün wingka feyentun. Elikura mew mülerkefuy kiñe ñizol, Agkanamün yem, rüme ayülafuy tati pu patiru ñi küzaw. Küla kure ñi agkanamün küpa ñi amutual egu pu patiru, fey mew agkanamün werkükünufi ñi pu kona kintumeal ta patiru, femgechi nüneyewegün lamgümgeygün pu patiru egu yanakona, fantem mew müley kiñe cruz foye egu, fey mew «Agua de los padres» üytukey ta che.

ROBINSON CARRASCO CASTRO, 25 años, Contulmo.

El agua de los padres

Soy de Contulmo, territorio donde antiguamente solían andar muchos mapuche. Un día llegaron los jesuitas con el objetivo de evangelizar. Siempre le hablaban mucho a las personas. Algunas los escuchaban, otras no los escuchaban. Algunas se hacían amigos de los curas. En Elikura había un jefe, el fallecido Angkanamun, a quien no le gustaba para nada el trabajo de los curas. Tres esposas de Angkanamun quisieron irse con ellos, por lo que Angkanamun envió a sus sirvientes para buscarlos. De esa forma los curas fueron tomados prisioneros y fueron asesinados, junto con los yanakona. Hoy hay una cruz y un canelo en el lugar. La gente lo llama «Agua de los padres».

Mi niñez

Una niña con su familia en la laguna veían cómo iba cayendo la tarde en tonos naranjos y disfrutaban de la nieve azucarada. De repente la niña se perdió. Estaba repleto el anfiteatro. Sus papás tenían miedo. Ella llegó directo al escenario, donde había un duelo. Una rapera la vio y dijo: «La naturaleza es sabia, entenderlo es un lujo, tú estás perdida, no entiendes el flujo». La niña respondió: «Adultos quieren enseñar, protagonistas de su ego, ciegos quedarán. La niñez enseña, yo lo disfruto, el árbol que tarda más en crecer lleva el mejor fruto». Espontáneo acontecer del Biobío.

FLORENCIA OLAVE NÚÑEZ, 10 años, San Pedro de la Paz.

El secreto

La voz cálida, suave, se volvió hiriente. Si hubiera sabido, no habría golpeado la puerta. Entró confiadamente. Se disponía a descansar, pero lo vio levantar su mano resbalosa que recorría una y otra vez su cuerpo. La niña lloraba, suplicaba. Quiso detenerlo, pero no pudo. No quería verlo. Ya no quería ser grande, no de esa manera. Dejó de llorar. Abrió sus ojos al sentir la mano bajando por su espalda y, resignada, dejó caer las últimas lágrimas. Frente a ella, un espejo reflejaba en su rostro el verdadero paisaje nocturno de la ciudad de Concepción.

PAZ URZÚA BRAVO, 65 años, Concepción.

Caricias ausentes

Sentada en mi cuchitril, tomando mi mate calentito y escuchando la Radio Bío-Bío, contemplo las gotas de agua de mi templado ciruelo que anoche se sacudió al ritmo de una orquesta de lluvia y viento y que hoy, tan atolondrado, con unas cuantas flores menos, brilla como una estrella matutina; y los tibios rayitos de sol que se entretajan entre sus ramas traspasan mi ventana de nylon para acariciar mi jorobita, extasiada de tantas locas primaveras en mi Tropiconce, y abrigar mis manos, curtidas y temblorosas por criar a los que ya se marcharon a departamentos sin ciruelos.

MÓNICA VÁSQUEZ SALGADO, 57 años, Concepción.

Ajuste de cuentas

Después de la pandemia, vinieron otras. Los humanos poco a poco fueron desapareciendo. En el 2050, Concepción luce desolado, salvo por unos cuantos animales que han bajado desde el cerro Caracol hasta la reserva. Los pocos penquistas que rondan por sus calles, se han convertido en alimento de estas fieras. El huemul ha llegado haciendo justicia. Ha bajado al caballo, ocupando el lugar que siempre le correspondió, junto a la diosa Ceres, sobre la pileta de la Plaza de Armas.

PAULA BRITO FIGUEROA, 53 años, Chiguayante.

Camino odiado, ahora extrañado

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Nunca creí decir esto, pero extraño el camino a mi liceo, esperar una micro más o menos vacía, pagar mis 160 pesos de estudiante, escuchar las conversaciones de política y educación de las comadres, teniendo que guardarme mi opinión y debatir en mi cabeza lo que decir. Extraño a los hombres camino a su trabajo, al niño durmiendo en brazos de su madre, a los estudiantes con sus celulares escuchando música, mientras otros tienen la suerte de encontrarse con sus amigos e ir con ellos. Sentía todo esto cotidiano, pero ahora, al pensarlo, se me vuelve muy lejano.

ISIDORA RUZ ZEPEDA, 14 años, San Pedro de la Paz.

Carta de auxilio

El Imperio del Choclo ya ha arrasado con todo el Gran Concepción y San Pedro. Tengo miedo.

FELIPE GUZMÁN RIQUELME, 14 años, Coronel.

CMPC Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

BIOBÍO EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 8 de octubre de 2021!
en www.biobioen100palabras.cl



PRESENTAN



ORGANIZA



COLABORA



MEDIA PARTNERS

